

“EL PASADO QUE HA SIDO, SIGUE SIENDO”. ESTRATEGIAS DE LA MEMORIA Y EL OLVIDO¹

Fernando Aínsa

“Estrategias de la memoria y el olvido” es una reflexión sobre una preocupación que ha irrumpido en el pensamiento contemporáneo y alterado el panorama de la historia, la política, la justicia y la filosofía: los estudios sobre la memoria. Esta profunda significación de su importancia —especialmente la llamada “memoria histórica”— está en el orden del día de las ciencias sociales y en la preocupación de muchos grupos afectados por el pasado reciente. Se debate en los parlamentos y se legisla, se polemiza en la prensa, se publican libros sobre el deber de memoria, se invoca el rechazo del olvido y el juicio moral que implica mantener viva la memoria. En este ensayo, el autor analiza las “trazas” de un pasado por el que se tiene un renovado respeto, al punto de que se habla de un deber de memoria, una manera de administrar el pasado en el presente para “orientarse” en el mundo.

Desde hace diez años largos vengo trabajando el tema de la memoria, auténtica constante (*work in progress*) de mis preocupaciones ensayísticas. En el CRICCAL de la Universidad de la Sorbona III, en la Universidad de Rennes, en la Academia de Ciencias de Buenos Aires, en la Universidad en Montevideo, en la Universidad Fernando Pessoa de Oporto, en Zaragoza —donde he publicado el libro *Los guardianes de la memoria*— he ido presentando mis textos progresivos sobre una problemática acuciante que la literatura latinoamericana actual refleja. Este ensayo desarrolla esas preocupaciones e intenta hacerlo en el marco de vuestro tema central: *“Les Amériques au fil du devenir: territoires traversés, espaces inventés”*.

Después de los años en que lo recomendable era propiciar el olvido, la memoria como derecho ha irrumpido en el pensamiento contemporáneo y alterado el panorama de la historia, la política, la justicia y la filosofía. Esta profunda significación de su importancia —especialmente la llamada “memoria histórica”— ha desconcertado a sus detractores, empeñados en “pasar página” o asociarla con el resentimiento, la sed de venganza o el

victimismo. El significado de la memoria como categoría ha cambiado de una manera radical a partir de la reflexión filosófica sobre “el ser y el tiempo” (Heidegger), de una serie de acontecimientos históricos que han estremecido buena parte del siglo XX —la Guerra Civil española, el Holocausto, las dictaduras del Cono Sur, el fin de la guerra fría— y la comprobación de que el mundo actual es el resultado de una herencia cuya complejidad obliga a leer críticamente el pasado, ya que lo peor que se puede hacer es intentar borrarlo o ignorarlo, siguiendo —tal vez— la consigna de Noam Chomsky: “La amnesia histórica es un fenómeno peligroso, no sólo porque socava la integridad moral e intelectual, sino también porque echa los cimientos para crímenes por venir” (Chomsky 2009).

Lo que hay que hacer es “explicar” el pasado, recomienda Reyes Mate. Un *logos* con memoria implica una relación interpelante que arranca del pasado para buscar respuestas en el presente y al mismo tiempo considera que recordar es aprender buscando y preguntando. Aprender es actualizar el caudal de experiencia y conocimiento acumulado en el lenguaje, por eso el conocimiento es recuerdo. Es más, aunque se pretenda construir un futuro diferente hay que tener en cuenta lo que existió, lo que realmente ha pasado, ya que “una comunidad cultural cimentada en una lengua que alberga experiencias históricas opuestas, está abocada a pensarse desde el conflicto y eso es lo que debería dar singularidad a nuestro pensamiento” (Mate 2008 35).

Una memoria presente

La memoria está más presente que nunca, valga el juego de palabras. Está en el orden del día de las ciencias sociales y en la preocupación de muchos grupos afectados por el devenir histórico reciente. Se debate en los parlamentos y se legisla; se polemiza en la prensa; se publican libros sobre el deber de memoria; se invoca el rechazo del olvido, la necesidad de rescatar todo pasado oprimido y el juicio moral que implica mantenerla viva; se la considera una forma de conocimiento —teoría que Walter Benjamín desarrolló en *Tesis sobre el concepto de la historia* y en uno de sus últimos escritos, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*—, ese “rescate/redención del pasado” a partir de la exigencia ínsita en el pasado “convocado a cada nueva generación”. Lejos de la filosofía decimonónica historicista y su idea rectora del progreso,

Benjamín integra la memoria al presente, no como mera transición, sino como “tiempo lleno de la presencia del ahora”. No importa tanto descifrar “el modo en que fue el pasado”, sino apropiarse del sentido de sus “huellas” para proyectarlo al futuro como un rescate: lo que Benjamín llama “redención”, una forma de “redimir” la memoria de todas las formas de manipulación de que es objeto, reubicándola en los datos del presente (“el ahora”) con vistas al futuro.

Por su parte, Adorno prefiere hablar de un nuevo imperativo categórico que consiste en repensar la verdad, la política y la moral a partir de la conciencia de la barbarie. En este afán reivindicatorio, se llega a decir que la memoria es “aliada del progreso” (Halbwachs 2004), que la restauración de los derechos de la memoria es un vehículo de liberación, “una de las más notables tareas del pensamiento” (Marcuse 1983 211). En todo caso, el referente “memoria histórica” es un nuevo e innovador campo historiográfico y la “historia de la memoria” una disciplina que dispone de innumerables instrumentos de trabajo para recuperar, conocer e investigar las “trazas” —*traces* al decir de Paul Ricoeur (2000)— de un pasado por el que se tiene un renovado respeto, al punto de que se habla de un deber de memoria, una manera de administrar el pasado en el presente para “orientarse” en el mundo.

Este deber de memoria surge de una exigencia ética y política de la que no es posible sustraerse y aunque se funda en las ambiguas relaciones entre recuerdo y olvido hace primar su función reivindicativa. El deber de memoria se ha impuesto a la voluntad o al deseo del olvido, muchas veces justificado por la invocada necesidad de “pasar página”, de reconciliar la sociedad consigo misma, por la amnistía decretada o el silencio tácito. La memoria se reconstruye con parcelas siempre desiguales de ese olvido y de recuerdos fragmentados, de duelo no superado y hallazgos inesperados. Con este deber surge un reclamo en el que el historiador cumple una función crítica y en el que asociaciones, jueces y medios de comunicación son “guardianes de la memoria”, muchas veces cuestionando la memoria aceptada y consagrada en la versión oficial de la historia.

Estos conflictos entre diferentes versiones conducen a posibles “guerras entre memorias” —de las que habla Eduardo Portella en “paradojas de la memoria” (2003)—, guerras de imprevisibles efectos retroactivos, con indudables derivaciones ideológicas y psicológicas. En

todo caso, si la confrontación entre memorias permite denunciar a los “asesinos de la memoria” y al silencio cómplice, los grados del olvido y el olvido selectivo, “no es posible vengarse del pasado” (ver Heidegger 1996), por el peligroso efecto *boomerang* que esa venganza provocaría.

La ley de punto final cuestionada

Lejos de la metáfora bíblica de la mujer de Lot que por mirar hacia atrás se convirtió en estatua de sal, todo invita ahora a sucumbir a la “imantación del pasado” (Pacheco y Rivas 2001 5), a la relectura y cuestionamiento de la historia oficial, a la recuperación de toda memoria, incluso la memoria sofocada, silenciada o simplemente olvidada. Ahora se acepta, incluso, la existencia de un “pasado ausente” de la historia, al punto de que una injusticia ocultada u omitida, puede resurgir años después, porque estaba ahí, oculta o latente, esperando despertar, ausencia que también forma parte de la memoria colectiva. Como se ha subrayado recientemente en la Argentina, el punto final no se puede poner donde uno quiera, por muy legal que sea una Ley de punto final. Solo lo posibilita o lo impone la estructura del texto más profundo del “duelo” que se intenta superar; en todo caso, un duelo que no se decreta.

Sin embargo, es bueno recordar también que hay pasados que no quieren pasar, que se empeñan en estar siempre presentes. Es el pasado que habiendo sido, sigue siendo. Decía Juan Rulfo que en México es imposible enterrar definitivamente a los difuntos. Están siempre ahí: es imposible olvidarlos, aunque se lo pretenda. Lo importante es abordar su memoria con la libertad que da la ficción para apropiarse del pasado y abandonarse al juego de la imaginación libremente consentida; la libertad para ser el demiurgo de un territorio que se ha creado o para ser el paciente arqueólogo que escarba entre “las ruinas del pasado” —al decir metafórico de Norbert Elias (1997)— para recoger fragmentos testimoniales o documentales, unirlos con la argamasa textual esfuminando los límites entre realidad y ficción, para dar —finalmente— la ilusión de que “otra” memoria es posible.

A la memoria se le exigen respuestas convincentes, pistas plausibles para conocer mejor el pasado a partir de las parcelas desiguales del recuerdo y las carencias del olvido. Esta exigencia no es solo memorialista, sino que debe ser inventiva y capaz de superar las pesadillas que convoca, los excesos ideológicos que la amenazan y los efectos retroactivos imprevisibles.

En este poderoso afán *retrospectivo*, en este deliberado “mirar hacia atrás”, la narrativa latinoamericana de estas últimas décadas ha desempeñado un papel esencial que pretendemos abordar en este ensayo desde varias perspectivas y que Luis Britto García ha resumido en una auténtica consigna: “Frente al escándalo del olvido, la escritura es la prótesis del recuerdo” (Britto García 2005).

Memoria individual y memoria colectiva

En primer lugar nos interesa recordar la interacción y el diálogo que existe entre la memoria individual y la memoria colectiva, diálogo que se da con natural reciprocidad en la ficción literaria. Compenetración, interiorización de los marcos recíprocos de la memoria individual y colectiva, inscrita esta última en un “tiempo cultural” que desborda la noción restrictiva de pasado histórico —el que es campo privilegiado de la historiografía— para proyectar la cultura más allá de la época en que se crea. Porque si la cultura pertenece a una época es, al mismo tiempo, fuente inagotable para todas las épocas y su vigencia no se limita a un momento histórico determinado.

Por eso —como percibió con agudeza Maurice Halbwachs en 1950— la dependencia de la memoria individual del marco y entorno social es total, sin cuyas preguntas e imágenes no hay memoria (1997). No hay memoria individual que no interiorice una pléyade de memorias colectivas aisladas, de la que la cultural, en su sentido más amplio, es componente primordial y —por otra parte— la memoria colectiva es impensable sin una interacción con la memoria individual. Ningún individuo y menos aún un escritor, puede pretender estar en la exclusiva soledad de su yo interior. Vivimos todos en interdependencia con las múltiples memorias colectivas que integran y conforman nuestra cultura. El individuo, finalmente, es “una construcción social” (Aymard 2003 11).

El pasado es necesario, por no decir inevitable, para todos; es parte constitutiva de la identidad. Parecería que de no remitirse a un pasado con el cual conectar el presente, éste sería incomprensible, gratuito, sin sentido. “Remitirnos a un pasado dota al presente de una razón de existir, explica el presente, ya que un hecho deja de ser gratuito al conectarse con sus antecedentes porque al hallar los antecedentes temporales de un proceso, se descubren

también los fundamentos que lo explican”, ha precisado Luis Villoro (1980 38). Esta función que cumplía el mito en las sociedades primitivas es ahora de la historia, a partir del proceso de laicización de la memoria del pensamiento greco-latino iniciado por Herodoto, Jenofonte, Plutarco, Tucídides, Cicerón y que Salustio resumió en la máxima: “De todos los trabajos del ingenio, ninguno trae mayor fruto que la memoria de las cosas pasadas” (Salustio 1786 3).

En esta perspectiva se inscribe la idea de que todo discurso narrativo es, antes que nada, una recreación que intenta preservar la memoria. A través del proceso de interacción y diálogo entre el presente y el pasado, en el “va y ven” de un tiempo al otro que toda narración propicia, se establece una relación coherente entre ambos, se define un sentido histórico de pertenencia orgánica inscrito en un devenir colectivo, local, nacional o regional. Gracias a esta relación intertemporal se preserva la memoria como hogar de la conciencia individual y colectiva y se crea el contexto objetivo donde se expresan modos de pensar, representaciones del mundo, creencias e ideologías.

Esta dialéctica del tiempo ha sido esencial en la configuración de la identidad, aunque sea evidente que al retrazar un determinado momento histórico, toda narración, sea cual sea su intención (histórica o literaria), está marcada por su época. Basta pensar en las obras de historiadores y novelistas del siglo XIX, acompañadas de verdaderos “manifiestos de intención”, donde se definieron sucesiva y explícitamente los modelos romántico, realista y positivista (Chibán 2004). Modelos que reflejaron, por otra parte, una asunción de la temporalidad y de su transcurso, un reflejo y una comprensión no sólo de la época que se describía, sino de la forma en que ese período influía y determinaba el presente en que estaban situados el autor (tiempo de la escritura) y los destinatarios del texto (tiempo de la lectura).

La memoria no es un mausoleo cerrado

Sin embargo, “la naturaleza del pasado es tan movediza como el tiempo presente”, sostiene Ana Teresa Torres, autora de las novelas *El exilio del tiempo* (1990) y *Doña Inés contra el olvido* (1992): “La memoria no es un mausoleo cerrado que espera nuestra visita, sino algo que se mueve, con recuerdos cambiantes y articulaciones que se transforman a través de confrontaciones, interlocución con la propia subjetividad, archivo en permanente renovación

que impide estar absolutamente seguros de lo recordado” (Torres 2004 14). Al intentar recuperarlo lo hacemos con palabras, lenguaje cuyos matices lo hacen también movedido y donde la verdad se pluraliza: ya no es *una*, ni pretendidamente única, sino fraccionada como tantas son las voces de los testigos que pretenden reconstruirla y donde la memoria se complace en mezclar, relativizar, intertextualizar y elaborar sus propios palimpsestos y recreaciones. En resumen: “No existe el pasado, sólo una escritura en verbos de tiempo pretérito” (Torres 2001 14), que convierte la realidad en texto, narra el recuerdo en un discurso no necesariamente verdadero, pero siempre actual. La visión del mundo no está formada únicamente por valores universales absolutos basados en una presunta universalidad de la razón. El pasado se rescribe siempre en un contexto nuevo, la relación viva entre presente y pasado obliga constantemente a cambiar la mirada.

En realidad, las relaciones con el pasado no son nunca neutras y se inscriben inevitablemente en la más compleja dialéctica que hacen de su reconstrucción una forma de la memoria, cuando no de la nostalgia y de la fuga desencantada del presente hacia el pasado. Al mismo tiempo, el pasado se capitaliza a nivel individual como parte de la estructura de la identidad. Por algo se afirma que “uno es lo que ha sido”. Son las experiencias, los recuerdos, incluso los acontecimientos traumáticos los que nutren una memoria que configura la historia personal, donde la representación del pasado individual y los recuerdos personales se idealizan a medida que van retrocediendo en el tiempo. Fotos, *souvenirs*, antigüedades, cartas, diarios íntimos, objetos personales, son los soportes necesarios de una memoria que no quiere perderse y que se embellece retroactivamente al registrarse en crónicas, testimonios, tradiciones y relatos orales o se revive en novelas históricas y en temas, motivos, cuando no tópicos literarios. La memoria es por naturaleza lo que se hace de ella; es, por naturaleza, plástica, flexible y cede muchas veces a la imaginación o la fantasía. “Nada es como es, sino como se recuerda”, decía Ramón del Valle Inclán (1987 232).

En *Tijeras de plata* (2003), Hugo Burel apuesta por hacer de la memoria la más completa herramienta de reconstrucción del pasado individual inserto en el devenir colectivo. Advierte al principio de la novela:

En ciertas zonas de la memoria hay vivencias que permanecen afincadas como en uno de esos depósitos de las casas de subastas, llenos de muebles y objetos de variada procedencia y valor. Están allí como aguardando que venga alguien a interesarse, a sacudirles el polvo y a restituirlos al presente. (Burel 2003 9)

A ese “depósito” de la memoria, lleno de recuerdos polvorientos, ingresa el narrador para “interesarse” en la vida de un peluquero a cuyo salón concurría de niño de la mano de su padre. Las “vivencias” recuperadas son borrosas y deshilachadas; los testimonios de clientes y testigos ocasionales, esos seres que tienen más pasado que futuro, más recuerdos que proyectos, aún recogidos con pericia detectivesca, son contradictorios. El todo compone un *puzzle* al que le faltan piezas y donde otras no encajan en el hueco que ha dejado el paso del tiempo, pieza central de la reconstrucción de una época con su farándula de personajes reales y ficticios, sus acontecimientos históricos de fechas que no siempre concuerdan con las evocadas. Como decía irónicamente Francisco Ayala al cumplir cien años de edad: “Ahora tengo una memoria traidora que inventa y miente. Tengo una memoria de segunda mano. Por ejemplo, usted empieza a contar, y yo me acuerdo en seguida de todo” (Ayala 2009).

¿Dónde está, entonces, el pasado de cada uno? “La historia entra dentro de ti sin que tú se lo pidas, disfrazada de catástrofe o de pura eventualidad, una banalidad y estás desplazado, en otra dimensión, viviendo otra vida paralela que no es la tuya...”, anuncia Dante Liano en *El hijo de casa* (2004), novela basada en un hecho de sangre ocurrido en Guatemala a fines de 1952, donde un colectivo y anónimo “nosotros” de reminiscencias onettianas va comentando en el café del barrio lo que sucede bajo el signo de la “catástrofe” y de la memoria.² “Ruido de catástrofe encima de toda la inutilidad consumida”, comprueba luego (Liano 2004 31); “pequeñas catástrofes póstumas, naufragios definitivos e irreversibles, sin paraísos ni sueños, pura destrucción de la materia para siempre”, acepta con fatalismo (Liano 2004 35). El lacónico Doctor Zamora, médico forense, sabe en su melancolía que “la memoria esconde las cartas perdedoras, selecciona, tiene piedad” (Liano 2004 22) y que “la memoria nos cuenta lo que le conviene y al final no es verdad lo que recordamos. Olvidamos lo esencial, que es el dolor” (Liano 2004 39). Por eso se dice que el doctor sabía que la memoria era completamente inútil,

“una basura que persistía en su mente, como si le fuera indicando que la mente acumula también lo que no quiere acumular, obsesiones persistentes...” (Liano 2004 50).

Estrategias de la memoria y el olvido

Para entender bien el proceso por el cual la memoria individual y la colectiva se combinan en la representación del pasado, es importante precisar que la memoria no es una actividad espontánea, ni fácil. Hay que pensarla desde una estrategia, basada fundamentalmente en la palabra del testigo, sea este un presunto testigo imparcial o uno que ha experimentado lo que cuenta, un “superviviente”. La memoria se reduce al espacio temporal de las generaciones que integran nietos, hijos y abuelos y todos aquellos que pueden haber sido testigos presenciales. Hasta ese momento hay una continuidad entre la sociedad que lee la historia y los testigos que la vivieron. Cuando estos desaparecen —y nadie puede recordar— comienza realmente el dominio de la historia y se cierra el de la memoria.

La historiografía empieza donde termina la memoria de las generaciones capaces de testimoniar en “vivo y en directo” sobre una época, lejos de los relatos de quienes pueden decir “yo lo vi, yo lo escuché decir” y evidencia las limitaciones de su discurso, cuyos recursos narrativos son reducidos: tercera persona del singular, tiempo verbal pretérito y texto en que parece fijarse para siempre. A diferencia del discurso ficcional, el historiador no puede utilizar procedimientos de “puesta en situación” del pasado como si fuera parte del presente narrativo de sus protagonistas. En la ficción novelesca —por el contrario— el tiempo, por muy remoto que sea, se puede representar a través de vivencias, de diálogos y de la percepción de conciencias individuales, donde las experiencias de los personajes, tanto de actores como de testigos, se viven en un tiempo actualizado. La inserción de la conciencia individual en el seno del pasado colectivo es así un privilegio de la literatura, recurso narrativo que le otorga, paradójicamente, una mayor verosimilitud.

Si el saber histórico tiene, en principio, el deber de liberarse de las tendencias apologéticas del pasado, la ficción literaria se complace en refugiarse en los arquetipos de la memoria, esas edades míticas recurrentes y escenificadas en los topos idealizados de la poesía y la narrativa. Mientras la función del historiador “no es ni amar el pasado ni emanciparse de él,

sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente” (Carr 1988 34), la ficción tiende a *descronologizar* el relato. Al abolir la representación lineal del tiempo, profundiza la temporalidad individual. Se reelabora de este modo —tal como propone Paul Ricoeur en *Temps et récit* (1983-1985)— el vínculo existente entre la *afección* y la *intención* a través de la dinamización progresiva de la metáfora que se refiere a la espera, la atención y el recuerdo.

No es extraño entonces que en América Latina las relaciones con el pasado no hayan sido nunca neutras y se inscriban inevitablemente en la más compleja dialéctica entre las concepciones que lo idealizan y hacen de su reconstrucción una forma de la memoria, cuando no de la nostalgia y de la fuga desencantada del presente hacia el pasado o, como sucedió en el siglo XIX y principios del XX, una forma de imaginar un futuro cristalizado en nacionalidades de las que se rescataban los dispersos signos en una historia remodelada a esos efectos.

Esta dialéctica del tiempo y la memoria ha sido esencial en la configuración de la identidad individual y nacional, aunque sea evidente que al retrazar un determinado momento histórico, toda narración, sea cual haya sido su intención (histórica o literaria), está marcada por la época de la escritura. Abordar, por lo tanto, la literatura que ha novelizado la historia de las últimas décadas, es optar por cabalgar la frontera de dos géneros —el histórico y el ficcional— que han intercambiado en esas mismas décadas buena parte de sus roles disciplinarios (Aínsa 2003).

El renovado interés por el destino individual en el seno de un devenir histórico común explica también el sentimiento de la existencia de un tiempo individual en la representación del tiempo colectivo compartido en un espacio común, cuyo componente esencial es la *memoria cultural*. De ahí el cambio cualitativo del subgénero histórico de la biografía que ha permitido introspecciones y consideraciones psicológicas variadas en lo que se denomina la psicohistoria, las “micro-historias” que retrazan, al modo de novelas costumbristas, la vida cotidiana del pasado o el esfuerzo por elaborar una historia de las mentalidades o de la sensibilidad, donde el sentido de la *duración* y del tiempo es más subjetivo que objetivo.

Más recientemente, las aperturas psicoanalíticas de disciplinas cerradas, como la genealogía y los temas de *filiación* a que invita la búsqueda de raíces familiares en el conjunto

de una historia colectiva, han abierto las puertas a una sugerente ficcionalización, situada entre la biografía, el “relato de vida” o la saga familiar del rastreo histórico de los orígenes. Entre muchos otros, los ejemplos de *Santo oficio de la memoria* (Premio Rómulo Gallegos, 1993) de Mempo Giardinelli, y *Finisterre* (2007) de Rosa María Lojo son interesantes en la medida en que la filiación familiar se entronca con las raíces de la identidad argentina, oscilando en forma pendular entre Europa y América.

Porque la memoria también emigra y se exilia. El emigrante y el exiliado intentan preservarla y reconstruirla lejos del solar nativo, no sólo actualizando sus propios recuerdos individuales, sino rescatando los colectivos en rituales de fiestas y conmemoraciones, en agrupaciones y asociaciones culturales donde el sentido de pertenencia se enfatiza. Bailes, música, representaciones artísticas, comidas, hermanan en la distancia fragmentos de una memoria social que se niega a disolverse en la comunidad donde se ha accedido, pudiendo llegar a ser anacrónica.

Esta recuperación privilegia la “memoria viva” por considerarla más auténtica y verdadera que la historia que inevitablemente la manipula al “arreglar” el pasado, al acomodarlo en función del presente, al forzar en los límites de la estructura del relato que lo configura lo que es la materia prima de la memoria: la vivencia, el recuerdo o el testimonio. De ahí el auge de los relatos de vida, del género testimonial, donde el tiempo individual se integra en el colectivo. Una interdependencia de percepciones que incluso subyace en el renovado interés por la historia de acontecimientos recientes, inmediatismo favorecido por el desarrollo de los medios de comunicación que ha acercado los géneros de crónicas y reportajes periodísticos con el de la propia historia.

Presencia de la memoria en las contiendas actuales

Menos dueños del presente de lo que creemos, sentimos como el pasado entra en él como cosa viva, obra con fuerza semejante a lo contemporáneo y reactualiza con toda su carga emotiva la poderosa presencia de la memoria en las contiendas del mundo actual.

Todas estas capas sedimentarias, tanto individuales como colectivas, son referentes de una historia personal que está en diálogo, cuando no en tensa confrontación, con la memoria

oficial. Gracias a esa confrontación descubrimos que los recuerdos no son sólo personales, sino parte de un tiempo que nos impone los paradigmas de una memoria colectiva elaborada como un verdadero sistema de reconstrucción histórica y justificación del presente del que somos prisioneros, aunque no tengamos plena conciencia de ello.

En efecto, vivimos todos inmersos, mal que nos pese, entre los signos de una memoria colectiva que ha institucionalizado la visión oficial de la historia a la que pertenecemos, forjada por actores dueños del poder que identifica y selecciona hechos, acontecimientos y personajes. *Sistemas celebratorios* con signos reconocibles en la nomenclatura urbana —nombres de plazas, avenidas, calles y pasajes; placas recordatorias; la “memoria monumental” de palacios, catedrales y panteones— gracias a los cuales el espacio se significa y se proyecta en el tiempo; edificios públicos —archivos, museos, hemerotecas y bibliotecas— donde se condensa el entramado de memoria que se protege y conserva. Sistemas sostenidos por el “texto/textura” de manuales escolares que inculcan una versión oficial de los orígenes; de poesía conmemorativa y relatos hagiográficos; fiestas patrias que salpican el calendario con festejos y desfiles; aniversarios, centenarios, bicentenarios y sesquicentenarios que se encadenan para recordar nacimientos, muertes, publicaciones y acontecimientos históricos; himnos, banderas y escudos que encarnan símbolos nacionales y donde la retórica del *discurso del poder* vigente institucionaliza y penetra los medios de comunicación, la actividad política, cívica y militar para asegurar su hegemonía ideológica.

Como legado representativo provisto de su propia retórica estos signos que Jurij M. Lotman define como *signos conmemorativos* (Lotman 1987) tienen una intencionalidad y un diseño. Suerte de “religión civil” que se completa en la iconografía del dinero, la llamada “memoria metálica”, monedas acuñadas con efigies y perfiles en billetes, y en la de los sellos postales. Una memoria impuesta, más representativa que veraz.

Los lugares en que se ha anclado la memoria colectiva y la vasta topología que Pierre Nora llama *Les lieux de mémoire* no son necesariamente verbales y se imponen a los individuos con aparente naturalidad, como si fueran la expresión indiscutida de una interpretación canónica en vigor de la historia. A través de su clara función mnemotécnica la visión oficial de la historia se legitima, administra y condiciona la memoria individual con representaciones

incesantemente reelaboradas como auténticos arquetipos de memoria colectiva que dejan sus marcas, “trazas” sobre la memoria individual.

El conjunto de estos “monumentos” superpone las representaciones de lo visible con lo recordado, espacios que “rezuman temporalidad” (Gullón 1980 75), esos lugares que proyectan una secuencia de acontecimientos en los que mito e historia, memoria colectiva e individual se entrecruzan y donde se superponen no sólo las representaciones de lo visible, sino las de los recuerdos, eventos, referentes connotativos no siempre vividos directamente, pero cuyos referentes conocemos. Temporalidad y espacialidad que también esconde acontecimientos de un pasado sofocado: el monumento a cuyo pie se inmoló el estudiante el día en que se instauró la dictadura, la encrucijada en que una manifestación obrera fue reprimida, la casa allanada de la que fue sacado una noche lluviosa el amigo que desapareció para siempre.

Un espacio en el que también se insertan los recuerdos individuales, pues aunque estén siempre condicionados por los colectivos, nuestros recuerdos personales se integran inevitablemente en la rejilla de su irradiación simbólica. Nuestra memoria no puede liberarse de la historia que la condiciona y contextualiza. La historia oficial, como expresión de un tiempo que pretende ser colectivo, se impone en la memoria individual de todos nosotros, aunque no lo queramos, aunque lo rechacemos. Un parentesco secreto se establece entre los lugares en que vivimos y donde acumulamos recuerdos de nuestra memoria individual y los objetos conservados en museos o archivos y, más sutilmente, con las instituciones que los representan. Los recuerdos personales forman parte de esa memoria históricamente consciente de ella misma con que Pierre Nora define a la tradición (1997, 3041), lo que necesita de una herencia que se asume y una mirada que subjetivice ese patrimonio. Como decía Renan, sin la ironía con que puede leerse ahora: “no hay nación que se precie que no invente su pasado” (Renan 1947 902).

En realidad, lo que se mide no son las cosas pasadas o futuras, sino lo que se recuerda o lo que se espera, es decir todas aquellas “afecciones” dinamizadas por la espera, la atención y el recuerdo y el tránsito de los acontecimientos a través del presente. El tiempo individual tiende a abolir la representación lineal del tiempo, descronologización que profundiza la reconocida complejidad del tema donde tiempo y memoria se entrelazan con ambigua

atracción, donde la fragilidad de todo recuerdo se evidencia en la sutil interdependencia con el perdón, el olvido, el rencor, la amnesia, la venganza, la comprensión, la clemencia, el duelo y la melancolía y en los matices entre remembranza, rememoración o simple recuerdo.

¿Para qué recordar?

Muchos se preguntan ¿para qué recordar? Según Michel Surya, autor de *Libérer l'avenir du passé* (Respuesta al concurso Weimar 1999 sobre los temas más importantes para el nuevo milenio), el pasado ocupa todo el espacio que se debería emplear en pensar el presente; el pasado pesa más que nunca, relleno la memoria humana hasta límites insostenibles y provocando miedo al porvenir. Por ello, propone liberar el futuro del pasado y denuncia que cada día somos más historiadores y menos filósofos, olvidando, precisamente, que el olvido no es menos necesario que la memoria en favor del porvenir. Ya decía en forma tajante Nietzsche que para ser feliz hay que olvidar, aunque Martín Fierro precisaría: “Sepan que olvidar lo malo/ También es tener memoria/ No es para mal de ninguno/ Sinó para bien de todos” (*Martín Fierro* 7203-04).

Por su parte, Tzvetan Todorov se pregunta en *Les abus de la mémoire* (1998) si no hay un abuso en el uso de la memoria, cuyo “culto” compulsivo la ha sacralizado en perjuicio del presente y el porvenir que deberían ser prioritarios. Al mismo tiempo, reivindica la historia como disciplina. En un reciente y polémico artículo sobre la lectura del pasado argentino hecha desde la memoria de las víctimas se pregunta si esta no atenta contra la verdad y la justicia ya que: “La Historia nos ayuda a salir de la ilusión maniquea en la que a menudo nos encierra la memoria: la división de la humanidad en dos compartimentos estancos, buenos y malos, víctimas y verdugos, inocentes y culpables” (Todorov 2010).

En otros casos, las versiones ritualizadas del pasado se satanizan como encarnación de lo arcaico, de lo viejo, de objetos que son antiguallas, *démodées*, tradiciones que hay que destruir. En el caso extremo de las revoluciones se derriban estatuas, queman palacios y todos los símbolos que encarnan el viejo orden, como en la esfera individual se queman las cartas o las fotografías de un frustrado amor, cuando se quiere olvidarlo y borrar todo rastro de su

memoria. Ya lo decía Karl Marx: “Las tradiciones de todas las generaciones pasadas pesan, como una pesadilla, sobre el cerebro de los vivos” (1981 404-498).

También se olvidan selectivamente episodios de la historia, se borra lo que molesta, se oculta lo que no se quiere recordar. Por eso las calles y las avenidas, las ciudades y hasta los países cambian de nombre para acelerar el proceso del olvido decretado del pasado, como el individuo cambia la decoración y los muebles de su casa o se muda de su propio domicilio cuando pretende iniciar una vida nueva.

El discurso narrativo también cuestiona la fe que se depositó en el pasado en la fuente textual, lo que se ha llamado el “fetichismo” del documento, por lo cual se considera que hoy es más importante descubrir lo falso que lo verdadero. Sin dejar de reconocer que la historia maneja una materialidad documentaria amplia que incluye tanto textos, narraciones, actas, reglamentos como objetos y costumbres, para “una puesta en obra” que no busca tanto “memorizar” el pasado como reagruparlo y formar “conjuntos”, Michel Foucault propone en *La arqueología del saber* rastrear lo que ha sido excluido, las omisiones deliberadas, lo prohibido que acompaña la “historia monumental”, porque en definitiva en toda sociedad, “la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault 1973 11).

En efecto, aún empeñados en definir el carácter científico de su disciplina, gracias al cual pretenden ser los únicos que pueden narrar lo que realmente ha sucedido, los historiadores reconocen que la falsedad, la mentira y el ejercicio deliberado del “asesinato de la memoria” — como desarrolla en parte la obra de Andrés Rivera (2008)— pueden ser más distorsionantes de la realidad que la ficción que busca una verdad ejemplar a través del símbolo o la alegoría. Las relaciones entre filología y falsificación han demostrado que la “crítica del documento” como fuente del saber histórico era fundada, pero, sobre todo, que la relativización del saber histórico tradicional acerca aún más los territorios de dos disciplinas que han estado separadas. La historia silenciada (u ocultada) lleva a que —al modo sugerido en la obra de Rivera— se escriba “ficción sobre ficción”, un modo no sólo de transgredir los géneros, sino de “denunciar” la manipulación de la historiografía canónica. En realidad, “el espacio escriturario de *La*

revolución es un sueño eterno (1992) asume el lugar de los silenciados por la historia oficial, generando una provocación a la memoria, una permanencia del recuerdo que es insistir en la ausencia del olvido” (Fernández 2004 81). Su empatía con los vencidos le permite llenar algunos vacíos de la historia e intentar saber las razones de su fracaso.

La eliminación de la memoria por el aniquilamiento

De ahí el énfasis del discurso histórico dominante por destruir toda forma de disidencia o erradicar la expresión de minorías. La eliminación de la memoria por el aniquilamiento, prohibición o censura de las fuentes acompaña la historia y América Latina abunda en ejemplos ilustrativos, al punto de que el escritor Héctor Tizón sostiene que la única verdadera historia de su tierra es la de “la oscuridad” y “la derrota”. De ahí los esfuerzos por salvar la memoria ocultada, deformada o ignorada que propone el discurso alternativo de la narrativa, donde el único recurso posible para el autor de ficciones es la apropiación del sistema de signos codificados, petrificados en la cristalización ideológica de la cultura, para subvertirlo o recuperarlo por la invención de la “verdad histórica” a través de la “mentira novelesca”. En otros casos, las omisiones de la historia —las “informaciones retenidas”— se descubren gracias al discurso ficcional que las revela. La narrativa testimonial del exilio sudamericano abunda en ejemplos de esta intención (voluntad) explícita de revelación de lo que estaba oculto.

Walter Benjamín, en esa especie de “teología filosófica del recuerdo” hecha de evocación y memoria que propone en *Para una crítica de la violencia*, afirma que la humanidad sólo pervivirá si ensancha permanentemente el espacio de sus recuerdos y le otorga un lugar prioritario a “los desechos de la historia”. En su alegato “en favor del pasado oprimido” recupera esos “desperdicios” que no son otros que los de una modernidad que ha preferido los valores del progreso a los del humanismo. Benjamín lamenta que el progreso se haya convertido en un fin en sí mismo, en un progreso a cualquier precio que ha olvidado que la humanidad debería ser su única meta. En el desarrollo de esa noción del progreso hecho de eficacia y de cálculo son muchos los “desperdiciados”, los arrojados a la “cuneta” del *continuum* histórico, los marginalizados, los excluidos. Nuestro presente está construido sobre los vencidos, esa herencia oculta del pasado. Por lo tanto recomienda “pasar a la historia el cepillo a

contrapelo, valorando el progreso a partir del destino de los oprimidos”. Una cultura del recuerdo debe reivindicar su lugar en la memoria, un modo de reafirmar que “no nos ha sido dada la esperanza sino por los desesperados”. Se puede recordar entonces la frase atribuida a Aristóteles acerca de que la historia tiene muchas madres, pero la derrota ninguna. En realidad, la memoria decisiva no es la de los hechos felices sino la de los infelices y esa memoria negativa es la que puede constituir un elemento crítico importante para la construcción alternativa del presente, según declaraciones de Reyes Mate (Rodríguez Marcos 2011).

Los problemas de la verdad histórica y la verosimilitud literaria planteados por Ricardo Piglia y la deliberada “novelización” de la historia de Tomás Eloy Martínez cuando se interroga en *La novela de Perón* (1985): “¿Por qué la historia tiene que ser un relato hecho por personas sensatas y no un desvarío de perdedores?”, se abordan progresivamente a través de un procedimiento más circular que lineal (una auténtica espiral), como si ninguno de los textos admitiera una interpretación unívoca y necesitaran de la ambigua recurrencia de una mirada que se vuelve una y otra vez sobre sí misma.

Algo parecido puede decirse de *El desierto* (2005) de Carlos Franz, aunque en este caso la memoria tiene una curiosa vuelta de tuerca: se pretende recordar algo que no se ha vivido. Claudia ha regresado a Pampa Hundida, en el norte de Chile. Hija de exiliada, ha nacido en Berlín, ciudad donde el pasado y la historia son carne viva y tiene “la despiadada impunidad ante el pasado que sólo tienen los que carecen de él”. Cree que en Chile, como en Berlín, no son los viejos sino los jóvenes quienes exigen recordar ese pasado que otros pretenden olvidar.

Para Laura, su madre:

Este “retorno” de Claudia al país en el que ni siquiera había nacido era su derrota, su quiebra en esa larga empresa de fugas y olvidos iniciada dos décadas antes. Su hija, de alguna inesperada forma, había desarrollado un instinto para el camino de vuelta. Un instinto, una intuición, una curiosidad invencible. (Franz 2005 19)

Entonces comprende que “cuando se ha huido mucho de la memoria, el primer alivio es rendirse a su abrazo” y que su tiempo de esconderse llegaba a su fin. “La remota balanza que una vez, hacía veinte años, había quedado en suspenso —los platillos equilibrados

precariamente en el fiel en un empate con el olvido— empezaba a inclinarse irresistiblemente hacia el pasado”. Es más: “No hay olvido verdadero que no comience por el recuerdo. Tarde o temprano, también los hijos, con los que vivíamos para el futuro, nos impiden olvidar, nos empujan a la memoria con sus preguntas temerarias sobre un pasado que no vivieron” (Franz 2005 44).

En el debate actual en España sobre la memoria histórica, son los nietos que reivindican el derecho a recuperar los restos de sus abuelos fusilados o desaparecidos a raíz de la Guerra Civil. Mientras los hijos guardaron silencio durante años, son ahora los nietos que asumen esa misión incumplida y se niegan a “pasar página”. Fosas comunes reabiertas, monolitos recordatorios, estelas funerarias con los nombres de las víctimas de la guerra y del régimen franquista, van poblando un mapa donde quedan, desgraciadamente por la resistencia del gobierno, muchos puntos olvidados o sin identificar.

En la generalización de “ideologías olvidadizas”, en los “grados del olvido”, en el olvido selectivo, en la cultura *light* del mundo actual que preconiza el olvido como medida saludable, en ese pasar rápidamente “a otra cosa” cuando alguien sucumbe derrotado, un exégeta de la obra de Benjamín se pregunta con inquietud si es posible que pueda alzarse “alguna voz que almacene tanto dolor y evoque con dignidad a los que son sacrificados indignamente”, como lo hizo con intensidad ejemplar el autor de *Discursos interrumpidos*. Por ello, más que combatir el miedo, hay que aprender a “dejar de olvidar” —esa *desmemoria* a la que hay oponer un *desolvidar*— hay que saber recuperar y asumir la memoria individual y colectiva, conocer su propia historia sin avergonzarse de sus episodios más oscuros y sin temor de cuestionar los *signos conmemorativos* en que se apoya. “Memoria para armar” se podría parafrasear el título de Cortázar, porque la memoria también se construye y los recuerdos tienen sus guardianes, como recuerda Lucette Valensi:

En la medida en que las secuencias del pasado forman nuestra identidad narrativa, en la medida en que nos dicen lo que somos, la reinterpretación del pasado es un trabajo siempre por reelaborar, una labor de Penélope, que asegura la continuidad de la casa de Ulises deshaciendo cada día el trabajo realizado la víspera. (Valensi 1998 68)

La respuesta es una sola y parece clara: para permanecer, los recuerdos deben fijarse en la palabra escrita. El texto es su mejor guardián. De ahí la importancia de la escritura como gesto para conjurar el miedo, como arma para exorcizar temores y angustias y desterrar el silencio. O, como descubren los descendientes de los fundadores de Macondo en *Cien años de soledad*, que todos sus males provienen del pacto de olvido y la huida del pasado de sus orígenes. La destrucción llega por haber pretendido olvidar.

Una lección que, al parecer, no hemos aprendido del todo.

Obras citadas

Aínsa, Fernando. *Reescribir el pasado*. Mérida: El Otro@el mismo, 2003. Impreso.

Ayala, Francisco "Tengo una memoria de segunda mano." Entrevista con Juan Cruz, *El País*, Madrid, 15 marzo 2009. Impreso.

Aymard, Maurice. "Histoire et mémoire." *Diogène*. Janvier-mars 2003. Impreso.

Benjamin, Walter. *Discursos Interrumpidos*. Madrid: Taurus, 1973. Impreso.

---. *Para una crítica de la violencia*. México D.F: Premiá, 1977. Impreso.

---. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. (Edición y traducción de Bolívar Echeverría). Ciudad de México: Clío, 2005. Impreso.

Britto García, Luis. "Un discurso y una memoria." *Por los signos de los signos*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2005. Impreso.

Burel, Hugo. *Tijeras de plata*. Madrid: Lengua de trapo, 2003. Impreso.

Carr, E.H. *¿Qué es la historia?* Barcelona: Seix Barral, 1988. Impreso.

Chibán, Alicia, comp. *El Archivo de la Independencia y la ficción contemporánea*. Salta; Universidad Nacional de Salta, 2004. Impreso.

Chomsky, Noam. "Tortura y amnesia histórica." *La Jornada*, 30 y 31 mayo 2009. Web. 20 jun. 2015. <http://www.chomsky.info/articles/20090530.htm>

Elias, Norbert. *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997. Impreso.

Fernández, Nilda Flawia. *Polémicas por la patria*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, 2004. Impreso.

- Foucault, Michel. *L'ordre du discours*. Paris: Gallimard, 1973. Impreso.
- Franz, Carlos. *El desierto*. Mondadori: 2005. Impreso.
- Giardinelli, Mempo. *Santo Oficio de la memoria*. Barcelona: Norma, 1991. Impreso.
- Gullón, Ricardo. *Espacio y novela*. Barcelona: Antoni Bosch Editor, 1980. Impreso.
- Halbwachs, Maurice. *La memoire collective*. Éd. Critique par Gérard Namer. Paris: Michel, 1997. Impreso.
- . *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004. Impreso.
- Heidegger, Martin. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza, 1996. Impreso.
- Liano, Dante. *El hijo de casa*. Barcelona: Roca, 2004. Impreso.
- Lojo de Beuter, María Rosa. *Finisterre: Novela*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005. Impreso.
- Lotman, Jurij M. *Tipologia della cultura*. Milano: Bompiani, 1987. Impreso.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Madrid: SARPE, 1983. Impreso.
- Martínez, Tomás E. *La novela de Perón*. Buenos Aires: Editorial Legasa, 1985. Impreso.
- Mate, Reyes. *La herencia del olvido*. Madrid: Errata Natarae, 2008. Impreso.
- Marx, Karl. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Obras escogidas en tres tomos*. Tomo 1. Moscú: Editorial Progreso, 1981. Impreso.
- Nora, Pierre, ed. *Les lieux de mémoire*. Paris: Quarto Gallimard, 1997. Impreso.
- Pacheco, Carlos y Luz Marina Rivas. "Presentación". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* 18, Número especial consagrado a "Novelar contra el olvido", Julio-Diciembre 2001. Impreso.
- Portella, Eduardo. "Paradoxes de la mémoire". *Diogène* 201, Janvier-Mars 2003. Impreso
- Renan, Ernest. "Qu'est-ce que une nation?" *Oevres Complètes*. Paris: 1947, 887-907. Impreso.
- Ricoeur, Paul. *Temps et récit*. (*Temps et récit 1; La configuration du temps dans le récit de fiction; Le temps raconté*). Paris: Seuil, 1983-1985. Impreso.
- . *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil, 2000. Impreso.
- Rivera, Andrés. *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: Seix-Barral, 2008. Impreso.
- Rodríguez Marcos, Javier. "¿Qué hacemos con los genios infames?" *El país*. 20 Feb. 2011. Web. 20 jun. 2015 http://elpais.com/diario/2011/02/20/sociedad/1298156401_850215.html
- Salustio. *Obras de Cayo Salustio Crispo*. Madrid: Imprenta de Manuel González, 1786. Impreso.

Todorov, Tzvetan. *Les abus de la mémoire*. París: Artea, 1998. Impreso.

---. "Un viaje a la Argentina". *El País* 7 Dic. 2010. Web. 20 jun. 2015.

http://elpais.com/diario/2010/12/07/opinion/1291676411_850215.html

Torres, Ana Teresa. "La memoria móvil: entre el odio y la nostalgia." *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*. 9.18 (2001): 13-20. Impreso.

Valle Inclán, Ramón del. "Un pintor." *Artículos completos y otras páginas olvidadas*. Ed. Alonso J. Serrano. Madrid: Istmo, 1987. Impreso.

Valensi, Lucette. "Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. Cómo perdura el recuerdo de los grandes acontecimientos." *Memoria e historia*. Ed. Josefina Cuesta Bustillo. Madrid: Marcial Pons, 1998. Impreso.

Villoro, Luis. "El sentido de la historia." *Historia ¿para qué?* México: Siglo XXI, 1980. Impreso.

Notas

¹ Conferencia presentada en el simposio *Les Amériques au fil du devenir: territoires traversés, espaces inventés*. Université Lille 3, Campus de Villeneuve d'Ascq, Lille, France, Noviembre 2013).

² El uso de la primera persona del plural, encarnado en un anónimo "nosotros" caracteriza obras fundamentales de Onetti como *Para una tumba sin nombre* y *Juntacadáveres*, disolución en lo colectivo que convierte la posible certeza en rumor de una deliberada ambigüedad.